



¿HACEMOS UN ESFUERZO POR ENTENDER LA PASCUA?

Escrito dominical, el 3 de abril

¿Entender la Pascua? Sí, celebrar el triunfo de la vida sobre la muerte, de la verdad sobre la mentira, de la bondad sobre la malicia, de lo que queremos ser sobre la tristeza de lo que estamos siendo. Es la fiesta, es en el fondo la única fiesta cristiana; la celebramos porque al final Dios en Cristo se va a salir con la suya: triunfar sobre la muerte y el pecado, cumpliéndose nuestros mejores deseos y esperanzas.

Ser cristiano es exactamente esto: creer en la resurrección de Jesús; nos adherimos a un Dios viviente y poderoso, que por medio de Jesucristo nos llama y nos lleva de la mano hacia una vida más allá de este mundo, donde gracias a él lograremos por fin realizar las inmensas posibilidades de nuestra humanidad, frágil, pero portentosa. Gracias a la resurrección de Cristo, a la fe en su triunfo, podemos ya desde ahora comprender en profundidad y vivir de acuerdo con lo que verdaderamente somos.

Sería un pena que los católicos hubiéramos vivido el misterio pascual, el Triduo pascual de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo como un fin de semana cualquiera, un poco más largo, pero sin celebrar nada, sin pararnos a pensar ni a vivir el estupendo mensaje de Pascua. Justo el Domingo de Resurrección y el tiempo de Pascua es el tiempo más apropiado para ganar alguna comprensión del misterio de nuestra salvación, de las dimensiones de nuestra vida tal como Dios nos la ha manifestado para siempre al resucitar a Jesucristo. El grito de Pascua es: «Cristo ha resucitado y vive gloriosamente junto a Dios; y tú también vas a resucitar por Cristo». Sí, con Cristo somos ya ciudadanos de un mundo más allá de este mundo para poder vivir con verdad, con fraternidad y con esperanza esta vida.

«Pero –nos dicen– ¿es esta vida la que queremos vivir?» ¿Nos está proponiendo evadirnos de esta hermosa vida?» Para nada, pero afirmo con rotundidad que, sin esta fe en la resurrección de Cristo, la vida nuestra pierde la sal y no sirve para nada. Sin el horizonte de la vida nueva con Cristo y de Cristo, a la larga perdemos la capacidad de entender la vida de este mundo, y nos hacemos incapaces de vivirla de verdad. La historia nos dice que los cristianos que llegaron, con la fuerza del Espíritu, a gustar la vida de discípulo de Jesús y testigos de la resurrección del Señor han mostrado una manera plena de vivir la existencia humana, ayudando más a aceptar con toda seriedad esta vida, porque han amado a los demás como Cristo y han servido más a la humanidad que aquellos que, por no creer en la vida eterna, tampoco han vivido esta vida bien, centrándose sólo en sí mismos. Eso no es vida.

La fiesta de Pascua es totalmente importante, a la vez que exultante y comprometedor, contemplativa y operante. Es hermoso también pensar que los no creyentes pueden alegrarse viendo cómo, con vida de resucitados, convivimos con ellos más fraternalmente, y trabajamos juntos con esperanza por un mundo más limpio, más fraterno, más humano. ¿No veis que falta horizonte en tantos jóvenes porque no se les ha anunciado a Jesucristo resucitado, vivo, contemporáneo nuestro, con quien nos podemos encontrar? La insistencia en la novedad del Resucitado no es porque somos los cristianos un poco cansinos, sino porque nada se entiende de la fe cristiana sin este hecho portentoso: la muerte ya no tiene dominio sobre Jesús ni sobre los que le siguen y han recibido de la vida resucitada de Cristo. Porque es Pascua, felicidades. A todos os deseo un tiempo pascual alegre y gozoso.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

REFLEXIONES SOBRE LO PÚBLICO

Escrito dominical, el 10 de abril

Existen temas de debate, controversias que aparecen y desaparecen en la opinión pública. Cuando pensamos que se ha llegado a un cierto consenso, éste se pierde o se oscurece. He aquí una cuestión de fondo: la definición o comprensión de «*lo público*». Partidos políticos, grupos de opinión, movimientos sociales o culturales entienden «lo público» desde un punto de vista que coincide con su propia «visión del mundo». ¿También ocurre este fenómeno en la Iglesia católica y otras confesiones cristianas, o en otras «religiones»? Sería importante que ustedes consideren cómo estamos en un tema complejo, pero importante.

Es lo público únicamente; un espacio neutral, como si éste fuera una especie de campana en la que se ha hecho el vacío, y dónde no caben valores, motivaciones, creencias, convicciones, formas de comprender la vida, en una palabra, la sociedad plural? Parece difícil de aceptar tal vacío. A mí me parece que al concepto de lo público hay que devolverle la complejidad que existe en la sociedad, esa libertad necesaria que evite, por ejemplo, la identificación estrecha entre el Estado (esfera política) y el resto de la vida social. ¿Llamaríamos a esta vida social la sociedad civil, que tan poco tienen en cuenta nuestras autoridades políticas?

Tal vez con algún ejemplo concreto podamos dar más luz al tema que nos atañe. La Constitución española indica la separación nítida entre Iglesia y Estado: ¿Significa entonces que ha de mantenerse la separación nítida de religión y política, religión y moral, religión y educación dentro de la vida social, espacios en los que tanto importa la libertad y las virtudes morales de todos los ciudadanos? ¿Ha de renunciar cada uno a su propia identidad en sus convicciones en aras a ese espacio neutral antes aludido, tan irreal? Para muchísima gente «*lo público*» no se identifica con lo institucional estatal. En España lo institucional estatal es aconfesional en cuanto representatividad del Estado hacia los ciudadanos, para no coartar la libertad de conciencia, pero no lo es respecto a la vida concreta de los individuos que conforman ese Estado y tejen de hecho la vida social. Y es aquí, en la vida social, donde actúan los ciudadanos, pero desde sus motivaciones, ideas, cultura, formación y creencias.

En este ámbito que intentamos describir, la aconfesionalidad del Estado no es sinónimo de neutralidad ni mucho menos de poder frente a lo religioso, sino que ha de ponerse al servicio del bien común y de la sociedad *concreta*, en la que de hecho se valora y se profesa una religión, que en el caso de la católica forma parte de su histórica tradición milenaria. Una identificación entre el Estado y *lo público* nos acercaría a los estados totalitarios que en el mundo han sido; se daría también una minusvaloración de la sociedad concreta, con su pluralidad y diversidad de grupos e individuos, como sujeto social.

En la España en que vivimos, estos temas son, en mi opinión, importantes porque afectan a muchos ámbitos de la vida de la sociedad. Por ejemplo, la libertad religiosa, la misma libertad de enseñanza, la utilización de los dineros públicos y otros muchos campos de la actividad de los hombres y mujeres. Los católicos no pueden quedarse al margen de estos debates en los momentos que vive nuestra patria; la incertidumbre del futuro cercano, de quién formará la próxima mayoría en el parlamento, la manera de solucionar los problemas económicos, de abordar el paro o la atención a los más desfavorecidos nos debe importar y ahondar en estas cuestiones. Siempre esperamos de la sociedad política soluciones reales a nuestros problemas, con generosidad y buscando el bien común y no la salida de sus propios partidos políticos.

Si se tuviera, por ejemplo, más en cuenta a la familia, y al derecho que tienen los padres para elegir la educación de sus hijos, según sus convicciones, habría menos problemas a la hora de aceptar una escuela concertada o una atención a las creencias de los ciudadanos. No es bueno homogeneizar a los que tienen distintas identidades. Se homogeniza la leche, no las personas. El dinero público no tiene confesión, *pero sí lo tienen las personas concretas que constituyen nuestra sociedad*. El dinero público no es de los partidos políticos ni del gobierno elegido democráticamente, en el nivel que sea. El dinero público es de todos. Por supuesto que son posibles y deseables cuantas modalidades sean verdaderas mejoras a la hora de respetar la dignidad de todas las personas, pero *de todas*.

✱ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

CAMINAR DESDE CRISTO

Escrito dominical, el 17 de abril

La Iglesia mira en el tiempo de Pascua a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de san Pedro, que lloró por haberle negado, y reanudó su camino confesando, comprensible temor, su amor a Cristo: «Tú sabes que te quiero» (Jn 21, 15.17). Lo hace unida a san Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó cautivado por Él: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia (Fil 1, 21). Lo más grande es que la Iglesia vive estos acontecimientos, después de dos mil años, como si hubieran sucedido hoy. «¡Dulce recuerdo de Jesús –canta la Iglesia–, fuente de verdadera alegría del corazón!»

Pero el caso es que hoy suceden otros acontecimientos. Estamos en un Año jubilar, en el que vivir la misericordia de Dios y mostrarla en las catorce obras hacia los demás en las que debemos desplegar nuestro compromiso y el amor misericordioso del Padre en Cristo. Queremos ahondar en la Doctrina Social de la Iglesia, orientación fundamental para la vida pública de los católicos. Y miramos con cierto estupor la situación de España, cómo actúan las fuerzas y partidos políticos en circunstancias no fáciles. Conscientes, pues, de la presencia del Resucitado entre nosotros también preguntarnos, como aquellos que le decían a Pedro en Jerusalén inmediatamente después de su discurso el día de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (Hch 2, 37).

Yo sé que hemos de sacar un renovado impulso en la vida cristiana, haciendo que sea además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Recuerdo aquí unas luminosas palabras de san Juan Pablo II, cuando se dirigía a toda la Iglesia en los inicios del nuevo milenio el 6 de enero de 2001, justamente haciéndose la misma pregunta que le hicieron a Pedro: «Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros! (Carta apostólica «Al comienzo del nuevo milenio, 29).

Se trata de conocer, amar y sobre todo imitar, para transformar la historia, la sociedad: el tiempo y la cultura por la que se mueve la gente está cambiando; hay que tener en cuenta el verdadero diálogo, pero nuestros objetivos pastorales no deben cambiar, sino intensificarse: centrarnos en un salir para evangelizar, mostrar qué es ser cristiano en los sacramentos de iniciación, enseñar a nuestros hijos y nietos lo que es la verdadera familia y la dignidad del ser humano sean o no de los nuestros. Y ser fieles a principios esenciales: la igualdad entre hombre y mujer, la defensa de la vida, la vida pública como servicio a los demás y no al propio interés, grupo o partido político y la ayuda mutua entre grupos, movimientos e instituciones católicas. Pero hay una cosa a hacer sin demora: «¡Tenemos que dar el honor debido al matrimonio y la familia!», son palabras del Papa Francisco del 22 de abril de 2015. Cristo promete gracia a la unión conyugal y a la familia. Es la semilla de la igualdad radical entre cónyuges hoy, que debe dar nuevos frutos.

¿No es un listón muy alto en una sociedad tan complicada como la nuestra actual? Sin duda. Pero sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre. Se pregunta al catecúmeno: «¿Quieres recibir el Bautismo?, que es como decirle: «¿Quieres ser santo?» Es nuestra vocación. El Señor no nos abandonará.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

VOCACIÓN DE FAMILIA

Escrito dominical, el 24 de abril

Les presento con enorme alegría *Amoris Laetitia* la Exhortación que el Papa Francisco nos ha regalado a toda la Iglesia. El título es suficientemente sugerente como para adentrarnos en su lectura y encontrar un documento que ha de leerse despacio, como un texto dirigido a obispos, presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos y todos los fieles laicos: *La alegría del amor*. El Papa la ha escrito y la ha fechado el 19 de marzo, solemnidad de san José; recoge los resultados de dos Sínodos de obispos sobre la familia (celebrados en 2014 y

2015). La Exhortación Apostólica impresiona por su amplitud y articulación en nueve capítulos y más de 300 párrafos.

Para quienes piensen que el Papa Francisco camina en dirección opuesta a sus predecesores, por favor que lean y releen “*Amoris Laetitia*”, pues partiendo de lo que el Concilio Vaticano II dice sobre el matrimonio y la familia, cita el Papa la famosa *Humanae Vitae* del Papa Pablo VI, *Familiaris Consortio* de san Juan Pablo II, junto a otros muchos escritos del Papa de la Familia, sin olvidar a *Deus caritas est* de Benedicto XVI. Ahora bien, los que esperaban saltos radicales, que lean este documento del Papa Francisco. Los principios del Evangelio de la vida y la familia eran y son los mismos. Nadie duda de la necesaria unidad de doctrina y de práctica. “Pero ello no impide que subsistan diferentes maneras de interpretar algunos aspectos de la doctrina o algunas consecuencias que se derivan de ella. Esto sucederá hasta que el Espíritu Santo nos lleve a la verdad completa (cf. Jn 16, 13), es decir, cuando nos introduzca perfectamente en el misterio de Cristo y podamos ver todo con su mirada” (AL, n° 3).

¿Qué es lo que permanece y qué es lo que ha cambiado? Se mantiene intacta la fe. Cambia el contexto, perspectiva y la manera de abordar la pastoral familiar. Podríamos decir que el Papa Francisco apunta a una nueva lógica sobre cómo presentar el Evangelio del matrimonio y la familia y sobre cómo abordar las situaciones “irregulares”; la mirada es, pues, amplia e incluye también las “situaciones imperfectas”, la compasión y misericordia con las personas más frágiles, como nos enseña Cristo.

Los nueve capítulos de “*Amoris Laetitia*” se leen bien, y es preciso hacerlo despacio, como la meditación del Salmo 128 en el capítulo primero; o volver a considerar la realidad y los desafíos de las familias en el capítulo segundo. El capítulo tercero comprende 30 párrafos dedicados a la vocación de la familia según el Evangelio: la indisolubilidad, la sacramentalidad del matrimonio, la transmisión de la vida y la educación de los hijos..., pero la mirada es amplia también a las “situaciones imperfectas”. El amor en el matrimonio lo ilustra el Papa en el capítulo cuatro sobre el himno al amor de 1Cor 13, 4-7. Pero también sobre la cotidianidad del amor que es enemigo de todo idealismo y que debe afrontar el tremendo peso de tener que reproducir la unión que existe entre Cristo y su Iglesia.

El amor fecundo y el tema de la unión fecunda del amor ocupa todo el capítulo quinto: recibir una vida nueva, el amor de madre y de padre; la fecundidad ampliada de la adopción, la manera de espaciar los nacimientos. Pero también alude el Papa a la familia con amplia red de relaciones y el profundo carácter social del sacramento del matrimonio. El capítulo sexto afronta algunas vías pastorales que orientan para construir familias sólidas y fecundas según el plan de Dios. El séptimo capítulo está todo él dedicado a la educación de los hijos.

“Acompañar, discernir e integrar la fragilidad” es el título del capítulo octavo: una invitación a la misericordia y el discernimiento pastoral frente a situaciones que no responden plenamente a aquellos que el Señor propone. Es el capítulo más delicado. Para leerlo el Papa aconseja recordar que “a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña”. Hay que volver sobre este capítulo muchas veces. La Exhortación no da una nueva normativa general de tipo canónico, aplicable a todos los casos. Con el tema de la espiritualidad conyugal y familiar termina, con un noveno capítulo, la Exhortación del Papa Francisco. Es ésta una muy buena contribución del Papa a la familia humana, sobre todo a la familia cristiana. Y recuerden lo que decía el Papa Juan Pablo II: “La familia es el camino de la Iglesia”. ¿Se animan a leerla? Estoy seguro que les gustará.

✱ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España